En medio de la ingente prosperidad y la superabundancia tecnológica notábase en Norteamérica —valga el testimonio de sus novelistas y poetas contemporáneos, desde Dreiser hasta Steinbeck, desde Vachel Lindsay hasta las promociones más jóvenes— un caos emocional, una profunda colisión, tan angustiosa como la de los días románticos, entre el hombre y su ámbito, como si los fundamentales valores hubieran sido preteridos y soterrados en una especie de darwinismo social, de único imperio del triunfador económico. Aquellos artistas con mayor exigencia de formas y humana integridad como un Henry James y contemporáneamente T. S. Elliot, abandonaban lo que sentían como enrarecido páramo industrial, en busca del calor y la comprensión europea. La vieja represión puritana, medrosa del Arte y aun de los más inocentes placeres de una vida normal, parecía buscar en la conquista del dinero la más válida descarga de su energía. Para que no lo tentara el diablo, el puritano quería estar siempre ocupado. Sus escrúpulos rechazaban hasta la comida finamente sazonada y la buena conversación. El centro de su vida, además de la Biblia y el sermón del domingo, eran los negocios, y el favor y premio de Dios se expresaba en forma de acciones y billetes que van siempre a los activos más que a los peligrosos soñadores. Los últimos y excelentes productos de la Educación positivista: alta talla y suficiencia vitamínica, respondían como una máquina a los reclamos de la producción económica, pero estaban llamados a fracasar en todo lo que en la vida no es cuantitativo, en lo que se integra en esa compleja trama de contactos humanos que abarca, por igual, el matrimonio, la vida doméstica, el amor a la política. El país de la salud era, paradójicamente, si nos fijamos en su patética literatura moderna, el país de las grandes neurosis. Reprimiendo lo emocional y negándose a aceptar el elemento trágico que contiene toda existencia, los hombres caían de pronto como caballos despaletados. De tanto defenderse de la tragedia, en las mejores novelas americanas ella aparece súbita como cobrando en expiación terrible todos los años de convencionalismo y de miedo a una vida completa.

Pascalianamente podía decirse que sobraba el espíritu geométrico, pero se desconocía el espíritu de fineza. El alma puritana confundió siempre sensualidad; trocó la cabeza en máquina calculadora con desmedro del corazón.

El simple ideal educativo de masas disminuía y humillaba al propio pueblo que pretendía servir. Porque si era bueno y democrático que las oportunidades de educarse se ofreciesen a todos estaba muy mal, en cambio, aquella necia simplificación de los conocimientos humanos, aquel supuesto de que la manera de hacer "popular" la Cultura era entontecerla y disminuirla; no ofrecer la Cultura misma sino su opacado resumen. Se suponía, rebajando el valor del hombre, que muy pocos disfrutarían plenamente de la poesía de Shakespeare y se lanzaban, por eso, al mercado los argumentos de Shakespeare (Shakespeare's Plots) en que

CNT034526K
L2696-60001

Hamlet se presentaba en una especie de sinopsis de película psicoanalítica. Los pedagogos del más bajo pragmatismo, tratando de educar tan sólo al hombre económico, querían obstruirle aquellos altos caminos de Felicidad que se llaman el arte, el pensamiento, la necesaria técnica de vivir con gracia. En la tosquedad de sus placeres, placeres del ruido, destructores de toda intimidad humana; en la creciente dureza del amor, en una movilidad aturdida que no conducía a ninguna parte, en la plebeyización de las formas artísticas que obligaba a los fabricantes de música mecánica a desconjuntar a Beethoven en tiempo de jazz, se observaba el retroceso del hombre moderno. Y, contradictoriamente, la civilización capitalista a la manera como se hipertrofiaba en los Estados Unidos, si concebía lo económico como gran peripecia personal, como arriesgada lucha del hombre contra la circunstancia, trataba de anular semejante lucha en el terreno de la Cultura. "Combate económico y cultural sin esfuerzo ni dolor" era todo un programa sedicentemente democrático. O en otras palabras: "Hágase usted rico y después que lo sea, todo, hasta el espíritu, lo podrá adquirir".

De aquí el optimismo cándido, envuelto en el más cremoso rosa burgués, que se estaba imponiendo como consigna colectiva. Sonría usted siempre; crea que las cosas serán siempre mejores, y trate de convertirse en el perfecto Panurgo que acepta lo más convencional y repite como norma de vida la tosca filosofía del refrán: "¿Adónde va Vicente? Donde va toda la gente". Quienes protestaban, eran inadaptados sociales. De tanto encomiar al hombre absolutamente sano, totalmente conforme con su comunidad y carente de complejidades, parecía imponerse como arquetipo el tonto o el mediocre. Había un temor puritano a la imaginación y a la personalidad como si ellas fueran la primera raíz del pecado. Y a pesar de las protestas de sus espíritus más previsores, ciertas normas muy difundidas y muy deseadas de la civilización norteamericana trataban de convertir al mundo en una especie de vasta "Nursery", en un *kindergarten* colosal donde los gigantones trocados en párvulos (Gulliveres de alma liliputiense) contemplan las tirillas cómicas, juegan a las palabras cruzadas y consumen helados de frambuesa. La felicidad sin tragedia ni angustia metafísica. Una aspiración de *standard* aplicado, por igual, a la producción de hombres y a la producción de manzanas.

Esto nos hacía preferir a los suramericanos el contacto con Europa, y hacía de tan baja calidad los esfuerzos de la pedagogía pragmática a lo yanqui, que se intentaron entre nosotros. Sabíamos bien, sin embargo, que la misma Cultura europea y toda la Cultura había entrado en una hora de prueba, de tan serio desgarramiento, como acaso no lo conoció la Historia desde los días finales del Paganismo. Conspiraban contra nuestro legado espiritual fuerzas tan coléricamente iconoclastas como el espíritu de secta y aquello que Ortega y Gasset denominó "deshumanización". No sólo la "deshumanización" del Arte sino también de la Ciencia y de todos los productos del espíritu que parecían proclamar su autonomía

frente al espíritu mismo. De las manipulaciones de laboratorio o del abandono onírico del artista surrealista, surgían monstruos que circulaban o vivían más allá del control de la conciencia fiscalizadora.

Era, paradójicamente, la última empresa faustiana y la primera gran empresa de regresión universal. Aquel cansancio de ser "cultos" y de aceptar los cánones y formas que exige toda Civilización, que empezó a expresarse desde el siglo XVIII en la utopía rusioniana, arribaba a su extrema consecuencia. Los nazis, por ejemplo, no eran los "buenos" salvajes invocados por el pensador ginebrino, sino los "malos" salvajes. La liberación de la Cultura no nos devolvía, precisamente, al estado de inocencia y de dulce primitividad natural, sino al aullido del pitecantropo. Los hombres que descoyuntaban, simultáneamente, el Derecho y la Cortesía, no se ponían de acuerdo con la naturaleza maternal soñada por Rousseau, ni tañían la zampoña de todas las idealizaciones pastoriles, porque —más que al ambiente de las églogas— retornaban a una feroz prehistoria moral, anterior a todo acuerdo o contrato. Por una especie de darwinismo al revés, en lugar de avanzar hasta nuestros más refinados nietos, nos encontrábamos con nuestros bárbaros y peludos abuelos primates.

El otro polo de la violencia fascista era la chabacanería como deseaba imponerse e idealizarse en algunas de las llamadas democracias. Dando por sentado que los hombres valiosos son escasos, se renunciaba en la educación a la búsqueda de los valores normativos. Para los positivistas de la Pedagogía la educación era entendida casi como una adaptación biológica del hombre a su ambiente; había que enseñarle a comer *sandwichs*, a ir a la oficina, pagar las contribuciones y tomar el tranvía, así como los grandes herbívoros se acostumbran a morder yerba y a andar por la selva. Había que simplificar y trocar casi en acto reflejo aquello en que los hombres se diferencian de los otros carnívoros —el pensamiento— y, como en cierta empresa de publicidad, el lema de la época era el siguiente: "No se moleste en pensar. Nosotros lo haremos por usted". De un mero accidente o acaso desgracia como la de ser hombre zafio o inculto, se hacía mérito y se dedicaban párrafos de prosa sentimental a la exaltación de ese ser ordinario que no pudo llegar —por culpa del economicismo capitalista o de las deficiencias de la escuela— a los goces de la Cultura. Se pedía a los sabios y los artistas que pusieran sus creaciones a tono con las apetencias de aquel producto inconcluso de la civilización capitalista, como si lo verdaderamente democrático no fuese que a cualquier hijo del pueblo se facilitara la adquisición de tales instrumentos de perfección y felicidad humana. Pero para los nuevos rusionianos tener talento era poco democrático y la llamada vulgarización de la Cultura conducía a eso: la vulgaridad, la ilusión de que todo es fácil y que se puede entrar en un Museo como en la cafetería de una estación ferroviaria norteamericana: en mangas de camisa.